

## ANTONY VALABREGUE

### LAS HIJAS DE PARÍS

En los serenos días del estío,  
formando alegre coro,  
van hacia el bosque con gozoso brío,  
cuando el sol débil arde,  
y al campo aduerme el arrullar sonoro  
de los últimos soplos de la tarde.  
Cantando van con jubiloso alarde;  
las llaman con sus sombras y reflejos  
las frescas espesuras, y las brisas  
llevan, estremeciéndose, á lo lejos  
el jovial estallido de sus risas.

Berta en el claro arroyo los pies baña;  
á Inés, que el cinturón ha desceñido,  
le sorprende y extraña  
no encontrar ningún nido  
en la mustia maleza  
donde quedó enganchado su vestido;  
sobre su rubia, juvenil cabeza,  
Laura agita una rama floreciente  
de lilas olorosas;  
Felisa, que ha cogido muchas rosas,  
guirnaldas teje para ornar la frente.  
Las hijas de París, cuando gozosas  
al campo van, con júbilo entusiasta,  
con una flor ó una hoja transparente  
gozan: eso les basta.

También yo siento que en el alma mía,  
cuando el sol del verano dora el cielo,  
la juventud renace, y la alegría;  
y con dulce temblor, que me extasia,  
surge de amor el apagado anhelo.

Con las hermosas pláticas entablo,  
si mi paso impaciente las alcanza;  
pero no ven, cuando feliz les hablo,  
que arde en mi corazón vaga esperanza.  
De los juegos que encienden  
sus juegos y sus risas las defienden;  
y muy pronto, á través de la pradera,  
y los bosques umbríos,  
escapan todas en veloz carrera  
llevándose en sus frescos atavíos  
tu júbilo triunfal, oh Primavera!

### PASEO DE INVIERNO

Tardío y lento el invierno  
llega; y sin daño mayor,  
los amarillentos árboles  
que el otoño marchitó,  
en las viejas Tullerías  
aún resplandecen al sol.  
Ella sigue, como en tiempo  
más feliz—¡sábelo Dios!—  
las antiguas alamedas,  
que con ligero temblor  
responden al primer soplo  
de la glacial estación.  
Lleva de la mano á su hijo  
—¿qué compañía mejor?—  
Al niño todo le atrae,  
todo llama su atención;  
y ella, viéndole, recobra  
la dicha que huyó veloz.  
Le deleita la inocente  
infantil conversación  
de aquella dulce criatura  
que á su imagen se formó.  
En ella, de su pasado  
se abre de nuevo la flor;  
tiene sus mismas facciones,  
su tez pálida, su voz,  
y hasta los mismos impulsos

de su tierno corazón.

Pero ya el cielo, que al frío  
invernal palideció,  
tiñe de matiz rosado  
el vespertino arbol.  
El niño siente una ráfaga  
del cierzo estremecedor,  
que cerrar le hace los ojos  
y le da un golpe de tos.  
La amorosa madre, al verlo,  
piensa, con nuevo dolor,  
que de ella la delicada  
naturaleza heredó;  
teme al porvenir, que avanza  
cual lóbrego nubarrón;  
quisiera, en la hora presente,  
parar del tiempo el reloj;  
quisiera, con alma y vida,  
con esfuerzo salvador,  
guardar al débil infante,  
único que Dios le dió!  
Con su mirada lo envuelve,  
como un velo protector,  
y sueña—¡terrible sueño,  
que aumenta más su aficción!—  
en la muerte, largo viaje  
que han de hacer juntos los dos.

## PUESTA DE SOL

Me acuerdo bien: de negro ibas vestida;  
 un velo azul llevabas;  
 tus blondos rizos, hacia atrás echados,  
 caíante á la espalda;  
 y cual supremo adiós, el sol poniente  
 los ojos te besaba,  
 y en ellos reflejándose, encendía  
 palpitadoras ráfagas.

Tú corrias jovial, sin aguardarme,  
 por la espesura diáfana;  
 el musgo que te dió mullido asiento  
 hollaba tu ágil planta,  
 y en el incierto fondo de la selva,  
 á mi vista asombrada  
 te escondían las olas misteriosas  
 de la penumbra vaga.  
 Tendió sus tenues sombras el crepúsculo;  
 corrieron brisas rápidas,  
 agitando las hierbas vacilantes  
 y las trémulas ramas;  
 los suspiros del viento engañosos  
 aumentaron mis ansias,  
 é imaginé que huías alejándote  
 con blando rumor de alas.

## EL MANANTIAL

Del manantial en que bebes  
 tienen el color tus ojos.  
 Cuando en tus cerrados labios  
 el tímido beso tomo,  
 suena cual los arroyuelos  
 que alegran el bosque lóbrego.  
 Es tu voz viva y ligera  
 también, como los arroyos;  
 tiene sus notas alegres,  
 tiene sus tristes sollozos,  
 y del manantial recuerda  
 los hervideros sonoros.

También en tu risa vibran  
 los estallidos gozosos  
 del agua que arremolinan  
 saltos, corrientes y soplos.  
 Y dentro del alma tuya  
 fluye, escondido en el fondo,  
 raudal de ilusiones puras,  
 que desborda dulce y pródigo,  
 cual si la fuente en que bebes  
 vertiese en ti su tesoro  
 de frescas linfas, mezclándolas  
 con tus pensamientos todos.

## JUAN AICART

## LA CIGARRA

Soy el alegre, improvisador insecto,  
 que cuando el alba ríe  
 de la ardiente Canícula, en los árboles  
 emprendo mi canción de agudo timbre,  
 siempre igual como el curso de los años  
 y del sol que los rige.  
 Soy el verbo radiante del estío.  
 Cuando el bochorno meridiano rinde  
 al segador entre las rubias mieses,  
 y la sombra apacible  
 busca, donde tendido y jadeante  
 un soplo de aire halagador respire,  
 más que nunca feliz y jubilosa,  
 hago sonar mis agrios tamboriles.  
 Triunfa la luz, y nada más mi estrofa  
 se oye del campo en los extensos límites,  
 mi estrofa, que es la claridad del cielo,  
 trocada en voz para que aliente y vibre.

Como las mariposas, en el cáliz  
 de la flor, al abrirse,  
 bebo la limpia gota de rocío,  
 lágrima pura de la noche triste..  
 El sol omnipotente me da vida,  
 y aliento el aire libre.  
 Sócrates me escuchaba, y en sus versos  
 me nombraba Virgilio. Insecto humilde,  
 amado soy del vate y de los dioses.  
 Los tersos globos de mis ojos sirven  
 de espejo al sol, y mi rojizo vientre  
 es cual teclado de oro, que sensible  
 palpita. Mis cuatro alas transparentes  
 con nervios delicados, ver permiten